

Cosas que he callado

AZAR NAFISI



De la autora de
Leer Lolita en Teherán

Cosas que he calla- do

Azar Nafisi

Barcelona, 2010

Índice

Cosas que he Callado

A la memoria de mis padres,

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Segunda parte

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Tercera parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Cuarta parte

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Agradecimientos

Lista de lecturas aconsejadas

Momentos importantes

Glosario

Créditos

Notas

*A la memoria de mis padres,
Ahmad y Nezhat Nafisi*

*Para mi hermano, Mohammad Nafisi,
y mi familia, Bijan, Negar, y Dara Naderi*

Prólogo

La mayoría de los hombres engañan a sus mujeres para tener una amante. Mi padre engañaba a mi madre para tener una vida familiar feliz. Me compadecía de él, y en cierto sentido me atreví a llenar los vacíos que había en su vida. Coleccionaba sus poemas, escuchaba sus tribulaciones y le ayudaba a elegir regalos adecuados, primero para mi madre y después para las mujeres de las que se enamoró. Con el tiempo aseguró que la mayoría de las relaciones con aquellas mujeres no eran sexuales, que lo que ansiaba era la sensación que le daban de cariño y aprobación. ¡Aprobación! Mis padres me enseñaron lo devastador que podía resultar aquel deseo.

A nuestra familia le gustaba contar historias. Tras su muerte, mi padre dejó unas memorias publicadas y otras inéditas, mucho más interesantes, y más de mil quinientas páginas de su diario. Mi madre no escribía, pero nos contaba historias de su pasado que normalmente concluía diciendo: «Pero no dije ni palabra, guardé silencio». Estaba convencida de que nunca hablaba de su vida privada, aunque a su modo parecía que nunca hablara de otra cosa. No habría estado de acuerdo con que yo escribiera unas memorias, sobre todo acerca de mi familia. Nunca imaginé que algún día acabaría escribiendo sobre mis padres. No revelar los asuntos personales es una parte muy importante de la cultura iraní: no aireamos los trapos sucios en público, como diría mi madre, y además las vidas privadas son insignificantes y no vale la pena escribir sobre ellas. Lo importante son las biografías útiles, como las memorias que mi padre publicó finalmente, una versión de cartón piedra de sí mismo. Ya no creo que podamos guardar silencio. En realidad, nunca lo hacemos. De una u otra forma expresamos lo que nos ha ocurrido mediante el tipo de persona en la que nos convertimos.

Mi padre comenzó a escribir su diario cuando yo tenía cuatro años. El diario está dirigido a mí. Me lo dio años más tarde, cuando yo ya tenía hijos. Las primeras páginas hablan de cómo ser buena, cómo ser considerada con los demás. Después empieza a quejarse de mi madre. Se queja de que ella ya no recuerda que antes le gustaba mi padre y disfrutaba de su compañía. Escribe que, aunque sólo soy una niña, soy su único consuelo y apoyo. Me aconseja que, si alguna vez me caso, intente ser una buena amiga y compañera para mi esposo. Describe un incidente en el que él y mi madre discutían

y yo, como «un ángel de paz», intenté distraerlos y entretenerlos. Mi empatía era tan peligrosa como clandestinas eran mis actividades: era un pecado que mi madre no podía perdonar. Mi hermano y yo intentábamos complacerlos, pero independientemente de la fuerza con la que lo hiciéramos –y lo intentábamos con insistencia–, nunca estaban contentos. Mi madre nos daba la espalda y miraba en la distancia a un interlocutor invisible con una inclinación de cabeza, como diciendo: «¿Verdad que te lo había dicho?», como si supiera que mi padre iba a serle infiel mucho antes de que a él se le pasara por la cabeza. Obró, en consecuencia, como si fuera un hecho consumado y pareció disfrutar retorcidamente cuando se hizo realidad.



Mi padre y mi madre, Nezhat y Ahmad Nafisi.

Cuando mi madre estaba muy enferma, unos años después de que mi familia y yo abandonáramos Teherán y nos mudáramos a los Estados Unidos, me dijeron que se negó a ir al hospital durante días a menos que se cambiara la cerradura de la puerta de su apartamento. *Ese hombre* y su *fulana* forzarían la entrada como habían hecho antes, farfullaba, y saquearían lo que quedaba de sus posesiones. «*Ese hombre* y su *fulana*» eran mi padre y su segunda esposa, a la que ella culpaba de todas sus desgracias, incluida la misteriosa desaparición de su colección de monedas de oro y dos baúles lle-

nos de plata. Por supuesto nadie la creía. Acostumbrados como estábamos a las invenciones de mi madre, la consentíamos sin prestar mucha atención.

Evocaba figuras entre las sombras que, una a una, había ido perdiendo –su madre, su padre, su primer esposo– y nos consideraba responsables de ello. Al final, ninguno de nosotros podía salir de su mundo de ficción; exigía que fuéramos fieles, no a ella sino a su historia.

Las invenciones de mi padre eran más directas, o eso creí durante mucho tiempo. Se comunicaba con nosotros mediante historias sobre su vida, su familia y sobre Irán –un tema con el que prácticamente estaba obsesionado– inspirándose en los textos clásicos de la literatura persa. Así descubrí la literatura y aprendí la historia de mi país. También nos contó su versión de las ficciones de mi madre, así que oscilábamos constantemente entre dos mundos en penumbra.

Durante toda nuestra vida, mi hermano y yo estuvimos atrapados por las invenciones que nuestros padres nos contaban, invenciones sobre sí mismos y sobre los demás. Ambos querían que juzgáramos al otro a su favor. A veces me sentía engañada, como si nunca nos hubieran permitido tener historia propia. Sólo ahora entiendo que gran parte de su historia también era la mía.

Las personas que nos son cercanas, cuando mueren, fragmentan nuestro mundo. Queda el mundo de los vivos, al que, de un modo u otro, sucumbimos, y el dominio de los muertos que, como un amigo (o enemigo) imaginario o como una concubina secreta, nos atrae constantemente, recordándonos nuestra pérdida. ¿Qué es la memoria sino un fantasma que acecha en los recovecos de nuestra mente, interrumpiendo el curso normal de nuestras vidas, alterando nuestro sueño para recordarnos un dolor o placer agudos, algo silenciado o dejado de lado? No sólo echamos de menos su presencia o lo que sentían por nosotros, sino, en el fondo, cómo permitían que nos sintiéramos sobre nosotros mismos o sobre ellos.

¿Cómo permitía mi madre que nos sintiéramos en relación a ella? La única forma en la que puedo enfrentarme a su pérdida es haciendo esa pregunta. A veces me planteo si siempre había estado perdida para mí, pero cuando vivía yo estaba demasiado preocupada por resistirme a ella para advertirlo. Había algo conmovedor en la forma en que hablaba de sí misma y de su pasado, como si ella también fuera una invención, como si habitara el cuerpo de otra mujer que

se nos aparecía coquetamente con una luz trémula, como una luciérnaga. Ahora busco uno de esos momentos como si fuera una luciérnaga. ¿Qué revelaban de mi madre y de nosotros?

Durante mis últimos años en Irán me obsesioné por los recuerdos de mi madre. Incluso me llevé varias de sus fotografías. Parecía la única forma de lograr cierto acceso a su pasado. Me convertí en una ladrona de recuerdos, coleccionando sus retratos junto a las fotografías del Teherán antiguo en el que creció, se casó y en el que nacieron sus hijos. Mi curiosidad cambió de rumbo hasta adentrarse en el reino de la obsesión. Y sin embargo, nada de aquello ayudó realmente. Las fotografías, las descripciones, y en un momento dado incluso los hechos, eran insuficientes. Revelan ciertos detalles, pero siguen siendo fragmentos sin vida. Lo que busco son los vacíos, los silencios. Así veo el pasado: como una excavación. Examinas los escombros cuidadosamente, recoges un fragmento aquí, otro allá, lo etiquetas, registras el lugar donde lo encontraste, apuntas el día y la hora de su descubrimiento. No son sólo los cimientos lo que estoy buscando, sino algo a su vez más o menos tangible.

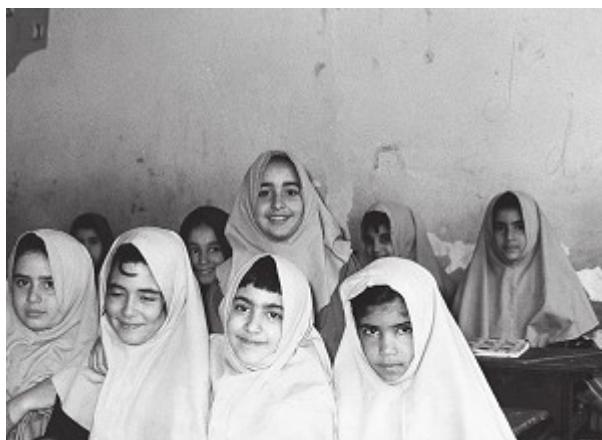
Mi intención al escribir este libro no es que sea un comentario social o político, sino una biografía útil. Deseo relatar la historia de una familia que se revela en el trasfondo de una época turbulenta en la historia política y cultural de Irán. Hay muchas historias sobre esa época, entre el nacimiento de mi abuela a comienzos del siglo xx y el de mi hija a finales de siglo, marcada por las dos revoluciones que dieron forma a Irán, que causaron tantas divisiones y contradicciones por las cuales la turbulencia transitoria se convirtió en la única forma de permanencia.

Mi abuela nació cuando Irán estaba gobernado por una monarquía absolutista desestabilizada y sometida a férreas leyes religiosas que autorizaban la lapidación, la poligamia y el matrimonio de niñas de nueve años. A las mujeres prácticamente no se les permitía salir de casa y, cuando lo hacían, iban acompañadas y cubiertas de la cabeza a los pies. No había escuelas para las niñas, aunque algunos miembros de la nobleza tenían tutores particulares para sus hijas. Y sin embargo, había otra versión de esa historia, pálidos destellos de un futuro que se revelaba a través de la crisis cultural y política que acabaría poniendo del revés todas las antiguas normas. Mi abuela fue testigo de la Revolución Constitucional de 1905 a 1911, la primera de ese tipo en Oriente Medio, que ayudó a guiar la llegada del Irán moderno, estimulando a distintos estratos sociales, inclui-

dos los clérigos progresistas, las minorías, los intelectuales, algunos miembros de la nobleza y a las mujeres, algunas de las cuales habían comenzado a apoyar a los revolucionarios, estableciendo grupos clandestinos y exigiendo el acceso a la educación. En 1912, Morgan Shuster, un asesor financiero estadounidense enviado a Irán, se maravillaba de los avances que las mujeres iraníes habían conseguido en tan poco tiempo, adoptando nuevas libertades que las mujeres occidentales habían tardado años, incluso siglos, en conseguir. «Desde 1907, las mujeres persas se han convertido casi de un salto en las más progresistas, por no decir radicales, del mundo –afirmaba–. No importa que estas palabras den al traste con una idea de hace siglos. Es un hecho.»

Cómo puedo describir la frágil y contradictoria naturaleza de la infancia y la juventud de mi madre, a mediados de los años veinte y treinta del siglo pasado, ya que para entonces las trémulas posibilidades habían ganado terreno hasta tal punto que podía aparecer en público sin velo, ir a la escuela francesa y conocer y enamorarse de su primer marido mientras bailaban en una boda; todo ello imposible veinte años antes. Y sin embargo, hay otro aspecto relativo a su época, una negativa a renunciar al pasado derrotado.

Cuando en 1936 Reza Shah Pahlevi, en sus esfuerzos por acelerar el proceso de modernización, emitió un mandato por el cual las mujeres estaban obligadas a quitarse el velo y prohibía la vestimenta tradicional de los hombres, mi abuela materna, como otras muchas mujeres iraníes, se negó a salir de casa. El edicto de Reza Shah se rescindió finalmente en 1941, aunque su recuerdo todavía provoca preguntas y divisiones.



Mi hija, Negar (la segunda por la izquierda), con sus compañeras de clase en

Teherán. Todas las alumnas fueron obligadas a llevar el velo después de la revolución.

Cuando yo era pequeña, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, dábamos por supuestos nuestros libros y nuestra educación y las fiestas y las películas. Fuimos testigos de que las mujeres eran activas en todas las profesiones, gobernaban en el Parlamento—entre ellas, brevemente, mi madre— y se convertían en ministras. Por entonces, en 1984, mi hija, nacida cinco años antes de la Revolución Islámica, fue testigo del regreso de las mismas leyes que habían sido abolidas durante la época de mi abuela y mi madre. Mi hija se vio forzada a llevar el velo en primer grado y era castigada por mostrar su cabello en público. Su generación finalmente encontró su propia forma de valentía y resistencia.

En este libro, mi objetivo no es hacer una relación general de la época histórica sino de esos frágiles cruces —los lugares donde se identifican los momentos de la vida privada y el carácter de una persona, y reflejan una historia mayor y más universal.

Ese cruce entre lo privado y lo público era lo que buscaba cuando comencé a trabajar en mi primer libro, en Irán, sobre Vladimir Nabokov. Deseaba escribir sobre las novelas de Nabokov en relación con las diferentes épocas en las que las había leído. Resultó imposible, no sólo porque abiertamente no podía escribir acerca de las realidades políticas y sociales de la vida en la República Islámica de Irán, sino también porque el Estado trataba las experiencias personales y privadas como algo tabú.

Fue por entonces cuando comencé a confeccionar una lista en mi diario titulada «Cosas que he llamado». En ella escribí: «Enamorarme en Teherán. Ir a fiestas en Teherán. Ver a los hermanos Marx en Teherán. Leer Lolita en Teherán». Escribí sobre las leyes represoras y las ejecuciones, sobre abominaciones públicas y políticas. Con el tiempo acabé escribiendo sobre traiciones privadas, implicando a personas cercanas a mí y a mí misma de forma que jamás había imaginado.

Hay muchas formas distintas de silencio: el silencio al que los Estados tiránicos someten a sus ciudadanos, el robo de su memoria, la reescritura de su historia y la imposición de una identidad aprobada por el Estado. O el silencio de los testigos que eligen hacer caso omiso o no decir la verdad, y el de las víctimas que a veces se convierten en cómplices de los delitos cometidos en su contra. Y luego están los silencios que nos permitimos sobre nosotros mismos,

nuestra mitología personal, las historias que imponemos sobre nuestra verdadera vida. Mucho antes de que llegara a entender la forma en que un régimen político despiadado impone su propia imagen a sus ciudadanos, robando su identidad y autodefinición, había experimentado esas imposiciones en mi vida personal, en mi vida con mi familia. Y mucho antes de que entendiera lo que significaba que una víctima se convirtiera en cómplice de los delitos del Estado, descubrí, en asuntos mucho más personales, la vergüenza de la complicidad. En cierto sentido, este libro es una respuesta a mi propio censor e inquisidor interior.

Quizá la narrativa más común es la que relata la ausencia de los padres y la apremiante necesidad de llenar el vacío creado por sus muertes. El proceso no lleva a una conclusión –al menos no en mi caso–, sino a la comprensión. Es un entendimiento que no necesariamente conlleva un sentimiento de paz, sino quizá la sensación de que esta narración pueda ser la única manera en la que podemos reconocer a nuestros padres y, de algún modo, devolverlos a la vida, ahora que por fin somos libres de dar forma a los límites de nuestra propia historia.



PRIMERA PARTE

Ficciones familiares

*Una tenue capacidad para volar
degrada el vestido que llevo.*

EMILY DICKINSON,
«De la crisálida»

CAPÍTULO 1

Saifi

Con frecuencia me pregunto cuánto de lo que contaba mi madre sobre la forma en que conoció a su primer marido era producto de su imaginación. Si no fuera por las fotografías, dudaría de su existencia. Una amiga me habló una vez de la «admirable resistencia que mi madre tenía a lo no deseado», y como había tanto en su vida que no era deseado, se inventaba historias sobre sí misma que acababa creyendo con tal convicción que comenzaba a dudar de sus propias certezas.

En su imaginación, su noviazgo comenzó con un baile. Me parecía más probable que los padres de él hubieran pedido la mano de mi madre a su padre, un matrimonio de conveniencia entre dos familias importantes, como era la costumbre en Teherán en los años cuarenta. Pero con los años nunca cambió su historia, al contrario de lo que hizo con tantos otros relatos suyos.

Lo conoció en la boda de su tío. No se olvidaba de mencionar el detalle de que por la mañana llevaba un vestido de muselina floreado y por la tarde uno de satén, y que bailaron toda la noche («Después de que se fuera mi padre –solía decir, y luego añadía–, porque nadie se atrevía a bailar conmigo en presencia de mi padre»). Al día siguiente, Saifi pidió su mano en matrimonio.

¡Saifi! Ni siquiera recuerdo haber oído mencionar su apellido en nuestra casa. Deberíamos haberle llamado –con el eco de una distancia prudente– el primer marido de mamá, o quizá por su título completo, Saif ol Molk Bayat, pero para mí siempre fue Saifi, una parte afable de nuestra rutina. Se insinuaba en nuestras vidas con la misma facilidad con la que permanecía detrás de mi madre en las fotografías de su boda, apareciendo por sorpresa y arrebatándonosla astutamente de forma inesperada. Conservo dos fotografías de aquel día, más que de la boda de mis padres. Saifi parece tranquilo y afable, con su cabello claro y sus ojos color avellana, mientras mi madre, que se encuentra en medio del grupo, está de pie petrificada como una solitaria pieza decorativa. Él parece despreocupado y seguro de su felicidad. Pero quizá me equivoque y lo que veo en su rostro no sea esperanza sino desesperación. Porque él también tiene sus secretos.

Había algo en su historia que siempre me incomodó, incluso de niña. Más que falsa, parecía equivocada. La mayoría de la gente sabe irradiar su potencial, no sólo lo que es, sino lo que podría llegar a ser. No diría que mi madre no tenía la capacidad de bailar. Es peor. No bailaba aunque, a decir de todos, lo hacía bien. Bailar había supuesto algo placentero, y se enorgullecía de negarse placeres o cualquier otra complacencia.

